

sin clemencia; tú recogiste aquellas lágrimas que á manera de dos fuentes corrian sin cesar de sus ojos; tú prolongaste hasta mas allá de las montañas el eco de los cánticos sagrados que sus labios entonaban al Señor, en el silencio de su rústico albergue; tú viste en fin brotar en tu seno aquellos pozos de agua viva, cuyas aguas inundaron despues el mundo católico; aquella muchedumbre de héroes de ambos sexos, que bajo las banderas del penitente solitario de Belen tanta gloria han dado al Dios de los dioses en Sion! Salud! órden insigne de san Gerónimo, gente santa, pueblo de adquisicion! ¡Salud, soldados intrépidos de Jesucristo, que desde el silencioso albergue de la virtud en que morabais supisteis mantener intacta la religion, y defendisteis con brio los derechos del santuario! ¡Salud, heroínas ilustres, que sepultadas en medio del mundo hicisteis respetable y gloriosa la memoria de vuestro insigne fundador, cuyos ejemplos renovasteis en los dias de mayor corrupcion! ¡Salud, Gerónimo incomparable, que entregándote á tu Dios sin la menor reserva, y consagrándote todo á su servicio, llegaste á un grado de santidad que llena de asombro á todo el universo!

Ved aquí lo que me propuse probar, católicos oyentes, en mi primera parte; réstame ahora presentaros á san Gerónimo como un hombre, que derramando á manera de lluvia copiosa una sabiduría universal, adquirió en la Iglesia católica un nombre eterno y una gloria sin semejante. *Tamquam imbres mittet eloquia sapientie suæ.* Este será el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Cuantas circunstancias exige el Espíritu santo de un hombre sabio, las reunió san Gerónimo en un grado superior. « El sabio (dice) indagará los monumentos de la antigüedad, estudiará profundamente los Libros sagrados, recogerá las explicaciones de los varones ilustres y las agudezas de las parábolas, « deslindará el sentido verdadero que ocultan los Proverbios, « se ocupará en descifrar las alegorías y los enigmas, y recorrerá naciones extrañas para conocer lo que de bueno y malo « hay entre los hombres (1). »

Y desde luego, ¿quién jamas excedió ni aun igualarse pudo

(1) *Ecclí. c. 39. v. 1 et seq.*

á nuestro héroe en el estudio de la antigüedad? No le fueron desconocidas las obras de los primeros filósofos. Gerónimo estudió las sutilezas de Aristóteles, las divisiones de Sócrates, las abstracciones de Porfirio, las sentencias de Plinio; leyó á Pitágoras, á Icofrastro, Platon, y á cuantos hombres insignes conoció la literatura profana. Y en cuanto á la literatura sagrada, ¿hubo cosa que no fuese objeto de su meditacion? Baste por todos el testimonio del águila de los doctores que no duda decir: « Lo que ignoró Gerónimo, ninguno de los hombres llegó jamas á penetrarlo » (1).

La segunda cualidad del sabio es la penetracion de los Libros sagrados. Aquí, señores, veo correr como un torrente la sabiduría de san Gerónimo. La misma esposa del Cordero inspirada por el Espíritu santo reasume el elogio de nuestro héroe, diciendo que Dios le escogió para ser el intérprete de las divinas Escrituras (2). Deseoso de adquirir un conocimiento profundo de ellas, se dedica al estudio escabroso de la lengua hebrea bajo la direccion de un jóven judío, y no perdona medio alguno para salir en ella aventajado. ¡Cuántas vigiliass no le costó este empeño! ¡cuántos sacrificios hubo de hacer para no rendirse ante las dificultades casi insuperables que le ofrecia una pronunciacion dura y trabajosa! Pero su teson triunfa de todos los obstáculos, y la iglesia recoge de sus sudores el fruto mas precioso que jamas pudieron ofrecerle sus doctores y sabios. ¿Á quién es debida la version latina del antiguo Testamento del original hebreo? Á Gerónimo. ¿Á quién la traduccion de los libros de Judit y de Tobías hecha en la misma lengua del original caldeo? Á Gerónimo. ¿Quién corrigió el Salterio latino de la antigua version itálica sobre la edicion de los Setenta intérpretes hecha por san Luciano? Gerónimo. ¿Quién expurgó esta y todo el nuevo Testamento de los errores que la injuria de los tiempos habia dejado deslizar en la version griega? Gerónimo. ¡Y no fué él quien ántes que ningun otro ofreció al mundo la incomparable obra de los Comentarios sobre toda la Escritura sagrada? Sí, católicos, Gerónimo fué, como dice con mucha oportunidad un sabio orador, el apoyo de la lengua de Dios; puesto que fruto es de su trabajo la conformidad de la version latina de los divinos libros con su primitivo original.

(1) *S. August. Epist. 205 ad Cir* (2) *Ecclesia in orat. offic. huj. diei.*

No de otro modo que cuando en los primeros días de la creación el dedo omnipotente de Dios dividió la luz de las tinieblas, Gerónimo en sus días supo separar la verdad del error; lo que Dios había hablado de lo que el hombre había corrompido; lo que el espíritu de santificación dictara de lo que el espíritu de corrupción introdujera: *In prophetis vacabit.*

No resplandeció ménos en Gerónimo el estilo, la elocución y la sabiduría de los hombres ilustres que le precedieran. Al oírle hablar en sus obras, creereis escuchar á un Pablo conveniéndolo á los gentiles con testimonios de la eterna verdad y de la sana razón, de la existencia de un Dios, de su unidad, de su providencia y de todos sus atributos; á un Atanasio discurrendo acerca de la eternidad del Verbo, de su consustancialidad con el Padre, de la divinidad de Jesucristo y de su infalible verdad; á un Gregorio de Nacianzo elevándose sobre todos los seres vivientes para tocar con su pluma hasta lo mas encumbrado de la ciencia de Dios; á un Agustino... ¿Mas qué digo? ¿Quién ignora que este ingenio tan vasto, tan universal, tan feliz, consultó mil veces á Gerónimo en su cueva de Belén acerca de muchos puntos, en que no se ruborizó de confesarse ignorante? ¿Hay asunto sobre que Gerónimo no haya discurrido con la mayor profundidad? ¿Hay materia que no haya tratado con admirable claridad? ¿Hay misterio que no haya explicado con inimitable facilidad? En el mismo santuario de la fe; en el recinto do congregados se hallan los depositarios de la religion; en medio de la asamblea presidida por el Espíritu santo; en el concilio de Roma óyense resonar estas palabras de la boca del vicegerente de Jesucristo sobre la tierra: « Nosotros sentimos acerca de la fe, lo que sabemos que piensa y defiende el gran Gerónimo. » ¿Qué testimonio tan glorioso de la doctrina de este varon singular! ¿Quién dudará afirmar que en él se vieron compendios los talentos mas sublimes que conociera el mundo católico?

No adquirió Gerónimo esta sabiduría sino á expensas de asiduos y prolongados trabajos, y de largos y multiplicados viajes. Su amor á la ciencia le condujo á donde quiera que podia hallar un hombre que pudiese prestarle alguna instruccion. La Tracia, el Ponto, la Bitinia, la Galacia, la Capadocia, la Cilicia, le vieron correr en pos de los varones eminentes en las humanas y divinas letras. Ora le vereis en Tarso instruyéndose en

los idiotismos de la lengua maternal del Apóstol de las gentes; ora en Alejandría bebiendo los preceptos del sabio ciego Dídimo; ya en Aquileya escuchando las lecciones del obispo Valerio, uno de los mas profundos ingenios de aquel siglo: ya en Constantinopla al lado del gran Nacianceno, honor y lustre de la literatura cristiana en aquella época; tan pronto en Antioquía conversando con el famoso Apolinario, como en Salamina sometiendo á la direccion del santo é ilustrado Epifanio.

No os admireis ya, católicos que Gerónimo ocultó entre las concavidades de la cueva de Belén, derramase á manera de nube benéfica una lluvia tan copiosa de erudición y sabiduría, que fertilizase á toda la iglesia de Jesucristo. No os maraville que aquella mano que parecia no saber manejar mas que la piedra para herir su pecho y la disciplina para ensangrentar sus miembros descarnados, fuese tan diestra para herir al error y despedazar el monstruo de la herejía. Con ella confundió al impudente Elvidio, cuya lengua de basilisco no dudó derramar el veneno de la blasfemia contra la pureza de la vírgen María. Con ella hizo enmudecer al inverecundo Joviniano, que declarándose enemigo de la virginidad, vomitó contra esta virtud cuanto de mas ponzoñoso puede haber en un corazón poseído por el espíritu del error. Con ella exterminó al sacrílego Vigilancio, cuya impiedad, no satisfecha con ensañarse contra el estado eclesiástico, le condujo hasta negar el culto de los santos. Con ella arrancó la máscara al hipócrita Pelagio, que ocultando sus errores acerca de la gracia bajo el velo de una fingida austeridad de costumbres, consiguió sorprender la credulidad del grande Agustino.

¿Quién podrá, señores, describir los rasgos de elocuencia que brillan en todos los escritos apologéticos de Gerónimo contra estos herejes? ¿Quién será capaz de pintar el nervio de sus raciocinios, el peso de sus autoridades, lo concluyente de sus respuestas, lo animado de sus invectivas, el fuego de su celo, y el santo furor que se pintaba en su semblante al leer las blasfemias de aquellos enemigos de la verdadera esposa de Jesucristo? Sus expresiones son semejantes á un impetuoso torrente que saliendo de su cauce abate cuanto encuentra por delante, y lleva tras sí hasta los mas pesados peñascos. Aquí anega en sus aguas los errores del impío Montano: allí los de Rufino y Juan de Jerusalem: ora envuelve al pérfido Pelagio: ora

abisma al artificioso Celestino; y los Lucíferos, y los Julianos, y los Bonosos, y los Constancios, y cuantos se presentan á la liza contra el verdadero Israel quedan sumergidos en el mar inmenso de la sabiduría de Gerónimo, como allá en el mar Rojo los ejércitos de Faraon. Vosotros los que hayais leído sus diálogos entre los Ortodoxos y Luciferianos, su epístola á Ctesifon, sus libros contra Vigilancio, sus tratados contra los origenistas y pelagianos.... ¿mas cómo es posible hayais podido leer los inmensos escritos de Gerónimo? Solo con ojear sus cartas á los orientales y en especial á Marcela, á Pamaquio y á Avito, podreis formar una idea de la lluvia prodigiosa de sabiduría que derramó la pluma de este hombre sin semejante. Lluvia benéfica que fecunda los corazones de los justos con los mas sólidos preceptos de la moral cristiana. Lluvia medicinal que cura las dolencias del alma, reanima las fuerzas del espíritu y cicatriza las llagas que el pecado abriera en las costumbres. Lluvia preservativa que previene el error, evita la escision, cierra la entrada á la herejía, y no deja que el campo del labrador divino sea devastado por las langostas del infierno. Lluvia, en fin, que al mismo tiempo que hace fecundar la verdad y vigoriza las raíces de la religion, esteriliza la semilla de la mentira, y hace desaparecer el gérmen de la impiedad: *Ipse tanquam imbres mittet eloquia sapientiae suae.*

Ved aquí, católicos, los servicios que el gran Gerónimo prestó á la iglesia de Jesucristo. Ved aquí los rasgos que caracterizan su vasta erudicion y su profunda sabiduría. ¿Cómo era posible que el universo no admirase á un hombre tan singular, que anudando las virtudes mas heróicas del monje con las mas bellas prendas del doctor, supo desde los arenosos desiertos de la Palestina dar sus leyes á toda la iglesia, instruir á los obispos, confundir á los herejes, oponerse á las intrigas de príncipes altaneros é irreligiosos, defender los derechos de la unidad contra pontífices intrusos y patriarcas cismáticos, y enriquecer al mundo cristiano con unos libros que han sido y son hoy dia el antemural robusto que defiende los alcázares de la militante Jerusalem? ¿Cómo no habia de adquirir un nombre eterno y una gloria inmarcesible un santo que en frase de san Agustín, semejante al sol, iluminaba desde la gruta de Belen á todo el orbe; cuyos labios derramaban como el rocío de la mañana palabras de sabiduría celestial, que suspendian el curso del error

y hacian temblar la herejía; cuya alma invencible en los mas rudos encuentros con los enemigos de la iglesia, supo triunfar de sus calumnias con la paciencia, de su mordacidad con el silencio, de sus persecuciones con la caridad, de sus lazos con la prevision, y de sus errores con su doctrina pura, elocuente, majestuosa y divina? ¿Cómo no habia de ser respetado por los papas, consultado por los sabios, amado por los fieles y temido por los malvados un hombre cuya santidad admiró á Roma, cuya austeridad asombró á los desiertos de Siria, cuyos triunfos resonaron en el oriente y en el occidente, y cuya sabiduría, á manera de lluvia copiosísima, inundó á todo el universo?

Lo hemos visto, católicos, y nada me parece debo añadir en elogio del gran Gerónimo, cuyas obras son su mas cumplido panegírico. Solo resta que, justos apreciadores de su mérito, seamos tambien imitadores fieles de su santidad. Tomemos pues por norma la vida de este ilustre penitente. Aprendamos en él el modo de resistir á las sugerencias de nuestros enemigos espirituales, y en especial de nuestra carne rebelde y contumaz. Aprendamos á castigar unos sentidos que nos alucinan y conducen al mal; á moderar unos apetitos que nos arrastran á obrar segun las leyes del mundo; á enfrenar una lengua que es segun la expresion de los Libros santos un fuego activo, una espada envenenada y el compendio de todas las iniquidades; á mortificar unos ojos por donde la muerte se introduce en el corazon; á sacrificar en fin al Señor este cuerpo de pecado que hace pesada al alma y la impide el que pueda elevarse á su origen divino. Como Gerónimo, hagamos al Señor una donacion perfecta de nuestro corazon, de nuestras potencias y de todo nuestro ser, entregándonos sin reserva á su servicio; armemos como él nuestro brazo del escudo de la fe para combatir sin cesar contra el error y la impiedad; pertrechémonos de las armas de la milicia de Jesucristo: de la penitencia, de la oracion, de la paciencia, de la caridad y de todas las demas virtudes que resplandecieron en nuestro ilustre santo, para que como él merezcamos un dia participar de aquella interminable felicidad que desde el principio del mundo tiene reservada el Señor para los que le aman y sirven, y que ha de durar por los siglos de los siglos.